

Dios se muestra propicio
 Cuando Aarón á Moisés ante Ella ruega
 Y Ella interpone su materno oficio;
 Cual blando sacrificio
 Su oportuno rogar al Hijo llega.

El arca ¡oh Dios! el arca
 De ley de gracia y pacto sempiterno,
 Que trae tu amor y tu grandeza abarca,
 ¡Oh infinito Monarca.....!
 Es esa Madre de tu Verbo Eterno;

Es esa Madre augusta,
 De tal poder en su rogar sublime,
 Que su presencia al Enemigo asusta;
 Satán su faz adusta
 Vuelve aterrado, huye veloz..... y gime.

¡Invocad ese Nombre,
 Naciones todas que habitáis la tierra,
 Invocad á la Madre de Dios—hombre!
 ¡Que al mismo cielo asombre
 La omnipotencia que ese nombre encierra!

Los que, al Señor buscando,
 Tenéis en sus piedades la esperanza,
 Henchido el corazón de gozo blando
 Id alegres rogando
 A esa arca viva de la nueva alianza.

Bandera nuestra y Guía
 De cuyo gran poder somos testigos,
 Ruégale al alto Rey, Virgen María,

Y como niebla fría
 Delante el sol, huirán sus enemigos!

Del error y del crimen,
 Disipa, oh Reina, la enemiga hueste;
 Asur y Egipto á tu Isráel oprimen,
 ¡Que no te desestimen
 Y que tu gran poder se manifieste!

¡Guadalupana hermosa!
 La Imagen hecha por tu misma mano
 Nos confirma en tu alianza poderosa!
 ¡En Tepeyac reposa
 El Arca de salud del mexicano!

C. Victoria, Tamaulipas, 1887.

LA INMACULADA.

De allí, de esa morada de ventura,
 De ese trono glorioso de alegría,
 De en medio de torrentes de armonía,
 De en medio de mil astros de luz pura;

A éstos sus hijos que ama con ternura,
 La Inmaculada, la sin par María,

Una palabra de esperanza envía
Que el perdón y la paz les asegura.

¡Mortales! vuestros ojos á ese cielo
Alzad; allí la Virgen pide al Hijo
Alivie las miserias de este suelo;

Ved á la Reina, ved á la que dijo
"Llena de gracia" el Nuncio de consuelo,
Y es del cielo y del mundo regocijo.

MARIA SANTISIMA

EN SU ADMIRABLE ASUNCION A LOS CIELOS.

ODA.

El cielo está de plácemes, de gozo;
La muchedumbre de ángeles y humanos
Que en esa Patria reinan de los buenos,
Rebosan de alegría, de alborozo,
Y sus galas aprestan
Como si se tratase nada menos
Del gran día del Padre, á quien el Cristo,
Que hizo prodigios mil, hoy victorioso
Ha de ofrecer en homenaje eterno
Un presente tan cándido y tan tierno
Cual nunca en el Empíreo fuera visto.

Y puesto que es objeto de ese triunfo
La sin igual Señora,
De ángeles y hombres reina encantadora,
La Virgen admirable
A quien la gracia sin medida asiste,
De toda mancha original exenta,
Y puesto que es la Humilde,
La Humilde que á los malos amedrenta,
Quien el festejo celestial aviva,
Del infierno la turba negra y triste
En envidia y rencor su pecho alienta;
Y al rumor de ese triunfo que de arriba
Llega hasta la legión de los precitos,
Heridos de satánicos pesares,
Remeda ese furor de los malditos
El oleaje de tremendos mares.

Pero ¿qué temer puede
Ni de Satán ni del infierno entero
Ésa á quien su poder filial concede
El Verbo Santo, el divinal Cordero?
Esa criatura sin igual, nacida
Para ostentar de DIOS el poderío
Y confundir del ángel homicida
El gigante y horrendo desvarío,
A ocupar va muy más luciente trono
Que el que dejó Luzbel con fiero encono.

Oh Reina bienhadada,
Sola tú la inocente y la perfecta,
La gracia es para tí, contra tí nada;
El Padre te ama, incomparable Virgen;

¡Cuán apacible ante sus ojos brillas!
De sus amores tú la predilecta;
De sus amores santos, celestiales;
Magníficos favores, maravillas
Que ni antes ni después viéranse iguales,
Harán de tí, Señora,
Ideal de cumplidísima fortuna,
Lo que es al sol la blanca y dulce luna,
Lo que es al sol la rubicunda aurora!

“El triunfo á la Israelita
El Rey del Cielo conceder se digne!
A la humilde María triunfo insigne
Y que reine sobre ángeles y humanos!”
La muchedumbre de los justos grita;
Y los ecos celestes á la tierra
Anuncian los gratísimos arcanos,
Sión de regocijo se conmueve
Y cunde por el Orbe la esperanza;
Viene la paz tras angustiosa guerra,
Luce ya el iris de la Nueva Alianza,
¡Mortales, el diluvio
De errores, de pecados y de males
Huyó; tiende su vuelo
La que es luz de verdad para el errante,
La que es del pecador intercesora,
La que el perdón le ofrece y el consuelo,
La que es de los humanos madre amante!

¡Así, así lo inspira
El vivífico Espíritu divino
A Pedro y á Tomás y á sus hermanos;

“ Toda la Iglesia fiel así lo admira:
Vacío está el sepulcro, la fragancia
Exquisita, la excelsa resonancia
De invisibles acordes soberanos,
Claman: ¡resurrección! ¡llevada ha sido
A los cielos la Madre del Ungido!

¡Oh sí! Mas nadie sin morir podría
Ver con sus ojos de ese triunfo regio,
De arrobadora música el arpegio,
El augusto ascender, la innumerable
Comitiva de célicas regiones
En un tiempo terrestres corazones,
El fulgor que ahora muestra su alegría,
De ángeles el contento generoso,
De querubes el santo y ardoroso
Entusiasmo filial; ¿y quién si fuera
De esa estirpe de Adán, no lloraría
Henchida de ternura toda el alma,
En la faz contemplando
De la Madre de DIOS la santa calma
Y en su mirar el corazón tan blando?

¡Oh Hija de Abrán, los corazones llevas
A tí aun antes que tu labio, muevas;
¡Qué decoro es el tuyo! ¡cuánto es grato
De tu pudor virgínico el recato!
¡Mujer, Madre de DIOS, la Mujer fuerte
Cual ejército en orden de batalla
A cuyo aspecto el enemigo calla!
¿Quién más fuerte que tú y en mansedumbre,

A la vez, y en ese afable
 Semblante de piedad tan generoso,
 A quien el igualarse fuera dable
 Por más que excelsa su virtud se encumbre?

Entre los coros de inefable hosanna
 Y atavíos de brillo esplendoroso
 De muchedumbre angélica y humana,
 Avanzas á los cielos, Reina nuestra,
 De tu JESUS dulcísimo á la diestra;
 Y de ese Hijo adorable el amoroso
 Mirar que vuelve á tí con santo anhelo,
 Es á tu casto corazón un cielo;
 Y al ver los de tu casa tan dichosa
 Esa ventura insigne, desmedida,
 Con que eres del gran Rey favorecida
 Su deliquio intensísimo pregonan,
 Lloran de amor y gratitud ferviente
 A ese DIOS de bondad, y "¡hosanna!" entonan
 En cánticos de gozo reverente,
 "¡Hosanna á JESUCRISTO y á María,
 Al Verbo Santo y á su excelsa Madre!
 ¡Hosanna al Hijo de David; ¡hosanna
 A la que es Hija del celeste Padre
 Y del proscrito compasiva hermana!"

El Rey David, estático, en sublime
 Transporte, sorprendiendo
 Cuán bueno es el Señor y hasta qué grado
 Quien bebió de dolor cáliz horrendo
 Su amor á los humanos ha llevado,

Y cómo la Escogida,
 La gloria de Salem, la Mujer fuerte,
 La Estrella de Jacob, la Luz de vida
 Con su DIOS vencedora de la muerte
 No era otra que María, "¡el alma entera
 —Grita— "cuanto hay en mí, tu nombre alabe,
 Oh Adonái, nuestro bien y nuestra gloria;
 Dignación tan excelsa quién creyera!
 ¡Cómo corresponder, ¡oh Dios! no sabe
 Tu siervo esta bondad que regocija
 Tanto mi corazón, y en que me abismo
 Pensando que es mi hija
 La gran Madre de Cristo, de Dios mismo!
 ¡Progenitores míos, Ruth la humilde,
 Judá mi fortaleza,
 Jacob, gran Padre del linaje santo,
 Abrán, modelo hermoso del creyente,
 Justos Noé y Adán y los que tanto
 Deseásteis como yo que el Dios clemente,
 Cuya piedad el Universo grita,
 Nos mostrase el tesoro de terneza,
 De entre todas sus obras la infinita!
 ¡Alzad conmigo un cántico que atruene
 Hasta do hubiere ser que á Dios alabe,
 Cántico nuevo que jamás acabe,
 Que los espacios y los siglos llene!"

Así dice el buen Rey, y cuando agita
 La excelsa prodigiosa muchedumbre,
 De santo amor con muestras,
 Las triunfadoras palmas en las diestras,

De repente una luz que á todos colma
 De delicia inefable,
 Y una voz de contento inexplicable,
 Anuncian que habla el Rey de cielo y tierra;
 El cortejo celeste se estremece
 Y se pone á escuchar trémulo, absorto;
 La Majestad del Sumo Dios le aterra;
 Pero es tanta á la vez esa ternura
 Con que el tremendo Rey sus ojos fija
 En esa sin igual su amable Hija,
 Con que la dice: "Toda eres hermosa
 Y mancha no hay en tí; Reina gloriosa
 Serás de ángeles y hombres, ¡Madre casta,
 Virgen incomparable!"
 Que, no pudiendo más: "¡Buen Dios, ya basta,
 Basta—gritan—porque esa dicha inmensa
 Nos hiciera morir! ¡Cuánto es propensa
 Tu gracia á la humildad! ¡Cuán grande eres
 Y cómo nos encanta
 Que así enaltezcas á esa Virgen santa,
 La bendita entre todas las mujeres;
 Sabemos bien, de hoy, que tu justicia,
 Tu tremenda justicia y tu alta ciencia
 Hicieron paz en solución propicia
 Con tu misericordia y tu clemencia!"

Dicen, y atentos en silencio quedan.....
 Llora María.....: en sus mejillas ruedan
 Lágrimas á raudal; por fin sus ojos
 Vuélvense á Jehová con tal modestia
 Con expresión tan pura é inocente,

Que pasma á los celestes moradores
 O enfurece del Báratro á la Bestia.....
 Más aún cuando exclama reverente:
 "¡Cómo agradeceré tantos favores,
 Esplendoroso Rey, Señor DIOS Santo!
 Soy vuestra esclava, ¡y encumbrarme tanto
 Queréis, Bien Sumo? ¡El alma os glorifica!
 ¡Cuánto os debo, buen Padre, Criador mío;
 Vuestro Verbo es mi Hijo, cuánto os debo;
 Serviros, agradaros, cuánto ansío;
 Tanta bondad conmigo quién explica!
 Reina seré, de la piedad la Reina,
 Y os daré gloria en mi piedad al hombre
 Y ceda todo en honra á vuestro nombre;
 ¡Paz del humilde, del soberbio espanto,
 Gloria sin fin á vuestro nombre santo!"
 Así la Hermosa; unánime resuena

El hosanna en la altura,
 En ésa de la paz mansión serena,
 Edén sublime donde todos aman:
 «¡Gloria al DIOS Trino y Uno,—todos claman
 ¡Honor al Cristo y á la Virgen pura!»

Llega, en tanto, el cortejo venturoso
 A esa Patria feliz de eternas flores;
 ¡Qué suavidad de brisas, qué embeleso
 De esplendorosos iris y de olores,
 De bienestar gratisísimo qué exceso!
 ¡Qué inaudita inefable melodía.....!
 «Entra en el gozo, Inmaculada mía»

Dice el gran Rey á la sin par Señora,
 Con tan celeste acento,
 Que cual mar de delicias el contento
 De los afortunados llena el alma:
 «Hé ahí el Trono, hé ahí la eterna Palma
 Vuelve á decir, y el trono de María
 Y la palma triunfal no vistos antes,
 Aparecen suntuosos, fulgurantes.....!»

La multitud dichosa clama al punto:
 «¡Entra en el gozo, Reina nuestra; brille
 Siempre tu gloria sobre toda gloria,
 Después de la de DIOS y de su CRISTO;
 Y á tu poder, todo poder de humilde,
 Como antes no se vió ni será visto!»

¡Oh hermoso día aquel, oh hermoso día,
 Jamás le han de olvidar ni ángel ni humano,
 Perpetua es en la altura su alegría;
 La Asunción de María á excelso cielo
 Es de los salvos goce soberano,
 Del cansado viador firme consuelo!

Victoria, Tamaulipas, Agosto de 1891.

A LA INMACULADA
 REINA DE LOS CIELOS.

SONETO.

¿Veis de esos miles de astros la armonía
 Brillar del Cielo en el azul hermoso?
 ¿Oís del mar ese rumor grandioso
 Y del bosque esa dulce melodía?

Así, muy más, con célica alegría
 Querubes mil en su eternal reposo,
 Cantando están un himno delicioso
 De amor sublime á la sin par Maria.

Cándida Madre del eterno Dueño,
 Abismo de piedad, luz de bonanza,
 De inefable solaz Edén risueño,

Salud, vida, dulzura y esperanza;
 ¡Santa Virgen!, tu amor es nuestro ensueño,
 Nuestra ambición tu honor y tu alabanza.

Puruándiro, Mayo 8 de 1879.

A LA SANTA CRUZ.

SONETO.

Cruz mil veces feliz, regio estandarte
 Con que el dulce Jesús vence al infierno,
 Honor á tí, con entusiasmo tierno
 Plácenos nuestra enseña proclamarte.

De tí pendiente Cristo, al mundo imparte
 Piadosa redención, el Rey eterno
 Paga la pena del deudor paterno
 Y el cielo humilla de Satán el arte.

Arbol excelso, cuyo dulce fruto
 El Hijo fué de Dios y de María,
 Es tu sombra consuelo y esperanza;

De adoración rendímoste tributo.
 ¡Oh Cruz! es éste de tu triunfo el día;
 Eterno triunfo á todos nos alcanza.

Puruándiro, Mayo 1º de 1879.

EL SEÑOR CRUCIFICADO.

SONETO.

Cuán amable es Jesús, Verbo divino,
 Por la salud del hombre delincuente
 Llagado, exangüe, de esa cruz pendiente
 Que muda en bien nuestro fatal destino.

¡Quién no le cree? de los cielos vino;
 Es el fulgor del Padre Omnipotente.
 ¡Quién no le ama? Caridad ardiente
 Nos reclama la suya de contino.

Del desvalido firme confianza,
 Del infeliz dulcísimo consuelo,
 Uniste al fin en inefable alianza,

Al proscrito mortal y al rey del cielo,
 ¡Oh víctima adorable, oh esperanza,
 Oh luz, oh gloria del culpado suelo!

Puruándiro, Abril 20 de 1880.